

aplicación de la mecánica y la división del trabajo hay obreros especiales para serrar, sepillar, escoplear, barnizar, etc., que sólo saben ejecutar esas operaciones, y no son capaces por sí solos de construir un mueble, ó, si lo son, no pueden hacerlo en condiciones económicas, no ganarían el jornal; el zapatero clásico del tirapié, la lezna y el cabo, de manos callosas y llenas de cerote, huelga ó ejerce de remendón en un barrio pobre, mientras la máquina llena los almacenes de calzado elegante y charolado para la exportación; la linotipo y la rotativa difunden la ciencia, pero han dado golpe mortal á los asalariados de la tipografía, dejando en poco lucida posición á los burgueses que quieren pulir el arte de Guttemberg como si no existiera el industrialismo y la mecánica, y en general los antiguos cuerpos de oficios se van transformando en masas de peones que se disputan las relativamente escasas plazas que, para tanto desocupado, van quedando, plazas que con corta explicación, escasa inteligencia y monotonía práctica, puede desempeñar el primer ganapán que se encuentre.

Y no es eso sólo, sino que la mecánica progresa incesantemente, y se han inventado máquinas para hacer máquinas, y hay industrias en que así como en un principio el obrero era un simple servidor de la máquina, ahora la máquina le vigila, le tiraniza, le acusa, por cuanto mide y cuenta con exactitud matemática el trabajo del obrero en la ínfima y hasta despreciable parte que se le asigna en la producción.

La fuerza de las cosas tiende á que los trabajadores, despojados de su antiguo carácter de artesanos y convertidos en peones, no se clasifiquen por oficios, sino por la clase de máquinas para cuyo servicio se les alquila.

Esa tendencia va haciendo que oficios enteros se sumerjan en la servidumbre común en que yacen todos los trabajadores que actúan como servidores de las máquinas, que nuevas máquinas reemplacen á las antiguas,

inutilizando otros muchos grupos de trabajadores, arrojándonos á la masa cada vez mayor y horriblemente grande de los sin-trabajo, de los sin-esperanza, de los que cobraron y gastaron su último jornal, inapelablemente excluidos del banquete de la vida, de esos infelices compañeros nuestros que emigran á barcadas llenas, ó andan por ahí creando conflictos de orden público, muriéndose en un rincón, dejándose matar como perturbadores que piden pan ó vendiéndose como esclavos por la pitanza y el albergue en las esplendorosas ciudades de la República modelo.

Porque la verdad es, y no me cansaré de repetirlo, que las fuerzas industriales artificiales monopolizadas por el capitalismo propietario se multiplican de un modo asombroso, que los obreros de hierro reemplazan en todas partes á los obreros de carne y hueso, y que si por el antiguo y vigente derecho romano el proletario era el hombre-cosa al servicio y bajo la dependencia del hombre-persona, al fin era también el soldado que extendía los dominios del gran imperio y podía ser propietario en los países conquistados, en tanto que en el día, desde que la herramienta mecánica reemplaza la competencia ó la concurrencia del hombre, el capitalismo no alquila al obrero más que durante el período más productivo de sus nervios y de sus músculos, y en cuanto no puede ya producir el máximo de beneficios iá la calle! ial montón de material inútil, como si fuera hierro viejo!

Como consecuencia, en el cuadro de la vida queda trazada la curva de la muerte del proletario y señalada la edad que ha de cumplir la sentencia de muerte industrial, cuando ha podido librarse de las innumerables causas mortales que se le han presentado.

En resumen, el obrero, separado de la tierra y del instrumento de trabajo, despojado de su oficio, inutilizada y perdida su habilidad profesional, obligado á emigrar para buscar trabajo, desprovisto de toda protección, sin hogar, queda inutilizado y sin valor,